

COMO EL FILO DE UN CUCHALLO

Olga Lucía Strombolo
Juan Isidoro Bossa



Como el filo de un cuchillo

OLGA LUCÍA STROMBOLO
JUAN ISIDORO BOSSA

Copyright © 2020 Olga Lucía Strombolo — Juan Isidoro Bossa
Todos los derechos reservados.

ISBN:

Esta novela está inspirada en hechos reales, pero todos sus personajes son de fantasía. En algunos casos se han alterado fechas e información de personas e instituciones. Cuando se consideró conveniente, se ha citado la fuente en la que se basan hechos o circunstancias.

A nuestros hijos, Juan Agustín, Franco,
Luca y Lucía Francesca María.

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS i

PRIMERA PARTE: De los poemas

I. Brasil

II. Reencuentro

III. Pasión

IV. Pala

V. Humo

SEGUNDA PARTE: De los desgarros

VI. M^a

VII. Tom

VIII. Williams

IX. Gordes

X. Antonio

TERCERA PARTE: Del despertar

XI. Perú

XII. Frank

XIII. Julio

XIV. Sheripiari

XV. Otorongo

CUARTA PARTE: De los encuentros

XVI. Milán

XVII. Despedida

XVIII. Alizee

XIX. Toin

XX. Myself

NOTA DE LOS AUTORES

AGRADECIMIENTOS

A Lisa Daveloza y Mariel Aspitia, nuestras editoras, quienes nos ayudaron a mejorar este texto de manera cordial y paciente dada nuestra condición de escritores noveles.

A Federico Toso, que interpretó en minutos la novela y su intención, plasmándola en una portada impactante y plena de simbolismo.

A todos y cada uno de nuestros lectores, por interesarse en esta historia.

PRIMERA PARTE:

De los poemas

I. BRASIL

Cuando Emma vio que la encomienda venía de Madrid su corazón se aceleró... Pero no se imaginaba que, una vez más, los signos la confundirían.

Se apresuró a abrir la caja de cartón y descubrió que adentro había otra, un poco más pequeña, forrada en un delicado papel celeste, con una cinta preciosa, muy ancha, dorada, brillante. Y junto a un moño enorme había un sobrecito marfil, delicado, que llevaba escrito "Para Emma" en su caligrafía inconfundible.

Era Antonio. Hinchida de alegría y de sorpresa abrió el pequeño sobre y sacó una tarjetita donde leyó: "Por tu sangre gitana y mi amor por la poesía... ¡Que sigas MUY FELIZ!". Quedó desconcertada por un momento. No entendía el mensaje, ¡quería saber qué había en esa caja! Sacó la tapa y lo que encontró la sorprendió todavía más, tanto que, al principio, no podía creer lo que veía.

Aquella mañana Emma se había despertado sobresaltada... la pesadilla había regresado. Todavía semidormida, seguía escuchando aquel canto, ese lamento interminable, repetido, que no entendía pero que llevaba toda una vida con ella. Un sonido gutural, en una lengua indescifrable, que la despertaba desde que tenía memoria y que, con el paso del tiempo, en vez de hacerse costumbre, cada vez le traía más desconcierto y temor.

Pero ella era una mujer joven, práctica, una profesional brillante. Su mentalidad holística, analítica, poderosa, no podía dejarse atrapar por ese mundo onírico. Ella era asesora de empresas, una de las más brillantes de su generación, al menos de esta parte del mundo, ¿para qué se complicaría con sueños?

Lentamente se desperezó, se levantó y abrió las pesadas cortinas del generoso ventanal. El sol carioca inundó la ha-

bitación del lujoso hotel donde se alojaba. Y ella, como todas las mañanas desde que estaba en Río, miró al Cristo del Corcovado y dio las gracias. Gracias por la vida que tenía, por el amor que la inundaba, por la felicidad que, ahora sí, había llegado para quedarse en su existencia.

Estaba ensimismada y disfrutando del inicio de aquella mañana de sábado, cuando sonó el teléfono. Desde recepción le avisaban que había llegado un paquete a su nombre, querían saber si podrían llevárselo.

—Claro, por supuesto... —dijo Emma, sorprendida puesto que no estaba esperando ningún envío.

A los cinco minutos el botones tocaba su puerta, para dejarle una importante caja, no muy pesada, llegada desde Madrid con una etiqueta bien visible de "Frágil".

Cuando leyó "Madrid" Emma esbozó una ilusionada sonrisa, sus enormes ojos negros se iluminaron y pensó: "Este loco... esto seguro que es de Antonio, ¿qué se le habrá ocurrido esta vez?".

Y ahora, luego de abrir las dos cajas, se encontraba con ese objeto hermoso, difícil de reconocer para ella. Pero sí, aquello debía ser un costurero artesanal. Una belleza realizada en mimbre trenzado, forrado casi por completo con una tela finísima, en un tono dorado muy pálido y brillante, todo adornado con unas cintas azul profundo y dorado. Una pieza seguramente única, de calidad superior, hecha con esmero y creatividad, algo muy típico de Antonio, pero... algo que ella no entendía.

Recordó que él se había ido, una semana atrás, a Madrid, que se fue sin despertarla porque partía muy temprano al aeropuerto y no quería molestarla, puesto que ella tenía una jornada exigente al otro día. Quedaron en que regresaría al cabo de un mes, él tenía mucho trabajo por hacer en España. Recordaba todo eso, pero no lograba entender por qué le había enviado entonces este regalo.

Tomó la tarjetita para releerla, y no logró aclarar sus ideas. Lo de su "sangre gitana" era una afirmación sin más

fundamentos que la fantasía de Antonio. Al inicio de su romance le había dicho:

—Tú, mi amor, no puedes ser otra cosa más que gitana, una gitana andaluza pura furia y puro brío. —Y se reía entonces, con una mirada cómplice que a ella la obnubilaba.

Es que Antonio era así, desde que se conocieron tenía la capacidad de decir y hacerla sentir muy especial, más especial de lo que ella ya sabía que era.

Decidió llamarlo para agradecerle semejante disparate, ¡regalarle a ella un costurero! Solamente a Antonio podía ocurrírsele algo así. Un costurero, precisamente a ella, la persona que menos utilidad sabría darle. Sin duda, estaba poniendo a prueba su inteligencia. Algo quería decirle. Ella adoraba el gesto. Hacía pocos días se habían despedido, sabiendo que muy pronto volverían a verse. Y él se despachaba con un obsequio tan especial, ¿a qué la estaba desafiando?

Tomó su celular y lo llamó. En Madrid era ya pasado el mediodía, y seguramente Antonio estaría de sobremesa con algún amigo. Curiosamente, él no atendió el llamado. El teléfono sonaba y sonaba, pero no atendía. Pensó que tal vez no lo escucharía si estaba en la calle o en la terraza de algún restaurante al aire libre. “Lo llamaré de nuevo más tarde”. Estudió el costurero. Lo recorrió con sus manos. Lo abrió, verificó que no tuviera un doble fondo e, impaciente, se dijo: “¿Dónde estará la trampa?”. Se preparó para desayunar, antes de bajar a la playa de Leblon, que le quedaba tan cerca.

En el restaurante del hotel todavía había poca gente. Era sábado temprano, un momento de la semana que a ella le gustaba mucho. Tenía un rato para estar a solas, tranquila, relajada. Después de tantos días agitados de trabajo pudo detenerse a apreciar con atención la arquitectura del gran salón, con enormes ventanales que miraban al mar, las lu-

ces suaves, amables, el mobiliario de líneas puras, en colores pasteles, los manteles claros, las servilletas con flores, los vasos del más fino cristal, los platos de porcelana blanquísimos, los cubiertos pesados y brillantes. Todo estaba en su lugar, todo la sosegaba, le devolvía la calma.

Mientras disfrutaba de un abundante desayuno repasó su plan: saldría para la playa enseguida, a tomar sol y nadar un rato. Luego trotaría por la arena, descalza, como le gustaba desde siempre. Volvería a nadar unos quince minutos y regresaría al hotel.

Así lo hizo. No eran todavía las 9 de la mañana cuando dejó el hotel. Caminaba tranquila, la frente bien alta, su porte sereno, la cadencia de sus caderas que hacía equilibrio perfecto con su semisonrisa eterna. No se lo proponía (jamás se lo había propuesto), pero despertaba las miradas de todos a su paso. Ella lo sabía, pero no le daba importancia. Era un dato más de su existencia, siempre fue así, jamás pasó desapercibida.

A pleno sol, una vez arribada a la playa, se sacó el sombrero de paja de ala ancha y el vestido playero, quedando en una bikini minúscula, blanca, que destacaba su delicada piel bronceada, la belleza de sus formas, su estado atlético: pura fibra, pero sin estridencia; pura energía, pero sin ostentación. Se sentía bien, se sentía plena.

Tendió una toalla y se recostó sobre la arena, para pensar en Antonio, para imaginarse qué se le había ocurrido en el momento que decidió enviarle aquel costurero de regalo. “¡Qué lindo loco!, ¿de dónde sacó esa idea?, ¿en qué estará pensando ahora?... Seguro que en mí, ya debe saber que recibí su regalo... ¿qué habrá pasado que no escuchó mi llamado?... ¿Me está dando tiempo para que lo descifre? Costurero, costurero... Definitivamente, no lo entiendo. Bueno, cuando regrese al hotel le llamo”.

Pasó un buen rato tendida al sol, con una suave brisa como única compañía. Ella amaba la brisa y, especialmente, el viento. Más aún el viento helado del Pacífico, al que le po-

nía cara de frente cada vez que regresaba a la estancia, a reencontrarse con su familia... ¡Y ahora estaba tan lejos de ellos!

No podía decir que los extrañaba, porque se comunicaba permanentemente con todos, en especial con AMOR. Sí, así, todo con mayúsculas. Ese era el nombre de su sobrina, la hija de Tom, su hermano mellizo. Desde que Amor empezó a balbucear sus primeras palabras, Emma le repetía incansablemente "Vos sos mi AMOR, la persona que amo con todo mi corazón". Siempre escribía su nombre de pila en mayúsculas y hasta la tenía agendada en el teléfono de esa manera.

Y ahora, recostada en la arena de Leblon, disfrutando del sol carioca, de pronto le daban ganas de estar en la estancia, y que el viento le alborotara sus cabellos. Que el frío de Tierra del Fuego le hiciera cosquillas, le diera la excusa justa para poder arrojarse junto a la antigua estufa a leña, disfrutar del cariño de Tom, de sus padres y, especialmente, de su sobrina Amor.

Pero todavía faltaba para eso, algo más de un mes para que llegara la Navidad. Hasta entonces tenía todavía mucho por hacer en Río de Janeiro... ¡Claro!, ¡esta sí era una buena idea! Aprovecharía después del almuerzo para darse una vuelta "anónima" por el shopping, para ver si continuaban los progresos de esta nueva etapa del plan de desarrollo que ella había diseñado y estaba conduciendo.

Luego de tomar sol un buen rato, cuando la playa comenzaba a poblarse más, decidió entrar a nadar. Ya conocía bien el sector, sabía que aquel no era un mar fácil. Pero esos eran los desafíos que ella amaba. Se metió en el agua con fuertes brazadas, derecho mar adentro a unos cien metros de la orilla y entonces comenzó a transitar en paralelo a la costa, en dirección al morro Dos Hermanos hasta quedar justo enfrente de ellos nadando crol. Luego regresó en sentido inverso, practicando un poco de espaldas y de a ratos nadando mariposa. El agua tibia era una caricia, sentía

el disfrute de su cuerpo con el esfuerzo físico intenso debido al fuerte oleaje, su corazón latía acompasado, su respiración controlada. Un momento perfecto. Estaba tan a gusto que nadó más de la cuenta. Cuando volvió a la orilla recién sintió el cansancio. Había nadado por más de una hora a pleno ritmo. Entonces esperó a que el sol la secara bien y decidió que la caminata la haría más tarde. No quería exponerse al sol cercano al mediodía. Detestaba los protectores solares, prefería cuidarse del sol malo resguardándose a la sombra.

De modo que, como le pasaba en otros aspectos de su vida, cuando la mayoría de la gente iba a la playa, ella regresaba a su hotel. No había caso, estaba hecha para andar a contramano de las mayorías. Y sin problemas. Siempre fue así... quizás fue así desde antes de nacer... bueno, eso sí que era algo que no podía imaginarse. Ese era el punto de fuga en el que no terminaba de bucear.

Volvió al hotel, se dio una ducha refrescante y, justo cuando estaba por bajar a almorzar, se le ocurrió llamar de nuevo al celular de Antonio. Ya estaba bien avanzada la tarde en Madrid, seguramente ahora podría hablar con él. Lo intentó dos veces y nadie contestó. Esto ya le resultó extraño, pero se dijo que no había ningún motivo para alarmarse. Decidió que lo mejor era escribirle un e-mail, y así lo hizo: "Querido Antonio, mi madrileño desconcertante, ¿otra vez poniendo a prueba mi inteligencia?, ¡está genial!... Pero como sé que no das puntada sin hilo (y hoy el dicho, más que nunca, va como 'dedal' al dedo), tirame una pista más... Mirá que regalarme un costurero justo a mí... ¡a mí que no sé lo que es una aguja, ni para qué sirve! Bueno, ¡pero me ha encantado! Es una belleza total, una verdadera joya de colección, me sorprendiste totalmente (supongo que eso es lo que querías). Oye, no he podido hablar contigo. Por favor, llámame tú o escíbeme para indicarme a qué hora te llamo yo, ¿vale? ¡Un besote, mi guapo! Emma".

Bajó al restaurante del hotel, almorzó algo liviano, con agua mineral, sin postre. Y luego del obligatorio expreso salió rumbo al shopping, que quedaba a pocas cuadras.

Adoraba caminar por el barrio de Leblon, con tantos espacios verdes, sus elegantes negocios, cafés y lugares especiales para detenerse a tomar algo y ver pasar toda esa gente linda en un ambiente de calma, de buen gusto.

Desde su hotel hasta el shopping distaban pocas cuadras que decidió andar sin apuro. Llevaba puesto un sencillo vestido blanco que realzaba su figura, unas sandalias muy simples de cuero en color natural, su pelo negro azabache brillante destacaba al llevarlo recogido en una cola de caballo alta. También sus ojos eran de un negro intenso, pero los ocultaba detrás de unas gafas de sol que destacaban sus pómulos altos y su frente despejada. Sólo llevaba puestos unos aros y un collar de coral rojo, engarzados en plata. No necesitaba nada más.

Mientras caminaba serena bajo las palmeras llamaba la atención de todos, con su inmutable semisonrisa permanente, su altura y su elegancia natural. "¡Qué delicia pasear por Leblon sin apuro! Y entrar al shopping... ¡como una clienta más, sencillamente!". Aquel era el shopping de sus desvelos desde hacía más de dos años.

Toda esta historia, que ya llegaba a su fin, había comenzado con su primer viaje a San Paulo, donde estuvo destinada por algo más de un año. Se había ido en la primera mitad del 2001, cuando la economía de Argentina ya estaba complicada por la pinza que constituían la convertibilidad y la deuda externa creciente por un lado y, por el otro, la declinación de los precios de los *commodities* en todo el mundo. Si se le agregaban las turbulencias políticas domésticas, aquello no podía terminar bien.

Apenas llegada a San Paulo descubrió que había algo de verdad en esa canción de Charly García que dice que "la alegría no es sólo brasilera". Aterrizó una tarde de me-

diados de julio y sintió un ambiente diferente, más positivo. El clima era más templado, sí, pero también se percibía más optimismo, más vitalidad en la gente en general. Se imaginó que aquella sería una etapa importante en su vida, con mucho desafío profesional, mucha alegría de vivir. Y así fue, en efecto, hasta que sucedió lo de Capoeira. ¿Por qué el destino le jugó aquella mala pasada a ella, que jamás se hubiera imaginado en esa situación?, ¿qué tenía que ver ella con el mundo de Capoeira? Por fortuna, ya era sólo un mal recuerdo.

Le tocó regresar de San Paulo a Buenos Aires en mayo de 2002, cuando todavía la ciudad, y todo el país, era un volcán en erupción. Apenas llegada tuvo la noticia que imaginaba: la ascendieron a consultora asociada en Invictus Consulting. Los resultados que había obtenido se lo hacían presentir. Se sintió reconocida, eso la hacía feliz.

Estuvo un par de meses ocupada en temas menores de diferentes proyectos, hasta que apareció la oportunidad del shopping en Río. ¡No lo pensó ni un minuto! Hacía poco había acontecido la "masacre de Avellaneda", con la muerte de Kosteki y Santillán. En Argentina (una vez más) se vivía pendiente del minuto a minuto, los políticos afirmaban una cosa y al día siguiente hacían lo contrario... y eso a ella la agotaba, especialmente porque le resultaba un absurdo, algo increíble e inaceptable: que un país que tenía todo para ganar se empeñara en autodestruirse, mientras sus dirigentes sólo pensaban en cómo podían beneficiarse, aunque esto significara profundizar aquella precoz y larga decadencia.

En principio, lo que le encomendaron en Buenos Aires era un trabajo muy sencillo: tenía que visitar a un potencial cliente en Río de Janeiro y, tras un sondeo con los principales responsables, emitir un informe que contuviera un diagnóstico "breve" (se lo destacaron) y un boceto de la línea de trabajo que, a su juicio, fuera la más conveniente.

Aceptó inmediatamente volver a Brasil, suponiendo que se quedaría por un mes o algo más. Había perfeccionado su portugués durante su estancia en San Paulo y adoraba la cultura brasilera. Ahora le tocaba conocer Río de Janeiro: por suerte quedaba bastante lejos de aquella historia de Capoeira que no quería recordar.

Con Río fue amor a primera vista, especialmente con el barrio de Leblon, donde tenía su hotel y donde, a pocas cuadras, estaba el shopping que la había contratado.

A lo que comenzó como un pedido de informe breve, ella con su talento y sagacidad lo transformó en una tarea profesional de casi dos años en total. Ahora ya comenzaban los primeros frutos de aquel esfuerzo, donde también Antonio tenía tanto que ver.

Y, entre tantos recuerdos, se encontró ingresando al shopping. Deliberadamente se había vestido muy casual y se dejó sus gafas oscuras, para pasar desapercibida. Primero caminó hasta el mostrador de informes, donde había tres chicas atendiendo: las tres con el pin de "Escola do shopping" en las solapas de sus uniformes. "Empezamos bien", se dijo para sus adentros. Continuó avanzando y vio que algunos de los miembros de la seguridad del centro comercial también llevaban el pin, aunque no todos. El lunes volvería sobre este tema. Luego se mezcló entre los clientes del principal patio de comidas, tratando de escuchar algunos comentarios sobre sus experiencias de compras, cómo habían sido atendidos. No fue mucho lo que logró captar específicamente, pero no registró ningún comentario decididamente malo. Se sentó en uno de los bares, escogiendo deliberadamente una mesa que acababan de desocupar, y esperó. Al instante se acercó una joven sonriente, también con su pin, la saludó con el "saravá", limpió rápidamente la mesa preguntándole al mismo tiempo si necesitaba la carta para su pedido. Ella devolvió su sonrisa y le dijo que no, que sólo quería una botella de agua mineral. La empleada, con la misma sonrisa y amabili-